

El ofertorio proléptico en las diversas tradiciones litúrgicas

G. Díaz-Patri

Introducción.

Observando las oraciones del ofertorio en la tradición del rito romano, lo que llama ante todo la atención es lo que los liturgistas denominan *prolepsis* (πρόληψις), es decir, “anticipación”: la presentación como ya cumplido de aquello que pertenece temporal o lógicamente al futuro, no como previsión, sino como actualización anticipada. En el caso concreto de la Misa, esto consiste en tratar el pan y el vino, en el momento en que son ofrecidos, como si ya fueran el Cuerpo y la Sangre de Cristo y, en consecuencia, en ofrecerlos por los vivos y por los difuntos en sentido propiciatorio.

Este aspecto ha parecido inadecuado a algunos, y no solo a los liturgistas más o menos racionalistas del siglo XX en diálogo con el protestantismo, sino que fue también incluido en la lista de abusos -propuesta para que los padres Conciliares los examinen y evalúen- por los miembros de la comisión específicamente delegada *ad hoc* por el Concilio de Trento, si bien posteriormente no se estimó prioritario abordar este punto en las discusiones conciliares.

Quienes miran con disgusto esta anticipación en el ofertorio suelen atribuirle a una intromisión tardía, de época medieval y vinculada a una concepción litúrgica franco-germánica, dentro de un esquema de la Misa que originariamente no la preveía. Sin embargo, es un hecho que un lenguaje sacrificial claramente anticipatorio se encuentra también, no sólo en otros ritos, tanto occidentales como orientales, sino aún en otras partes más antiguas e indiscutiblemente romanas del rito Romano.

Nos proponemos, pues, realizar una amplia revisión de las fórmulas y de los ritos del ofertorio en las diversas tradiciones, orientales y occidentales, con el fin de comprender el alcance de esta anticipación y los distintos matices que caracterizan su uso. En esta exposición no pretendemos entrar en el debate sobre las implicaciones teológico-doctrinales ni sobre las diferentes concepciones litúrgicas que esta conlleva, sino, partiendo de una panorámica histórica lo más amplia posible, trazar una cartografía de la presencia de tal anticipación en los diversas tradiciones de la Iglesia.

Las Apologías

En primer lugar, intentaremos situarlos en el marco del género del que forman parte. Las oraciones del ofertorio están relacionadas de alguna manera con un elemento que se encuentra presente de manera constante en las diferentes familias litúrgicas existentes: la actitud del sacerdote que, aun reconociéndose indigno de presentarse ante el altar de Dios debido a sus pecados, se atreve sin embargo a acercarse a él, lleno de confianza en la misericordia divina, para celebrar los santos misterios y ofrecer el sacrificio en expiación por los pecados del pueblo. Por eso, reconociendo su indignidad, pide a Dios que lo haga digno de este ministerio.

En Occidente, esto está representado de manera especial en las llamadas «apologías», cuyos testimonios comienzan a aparecer alrededor del siglo VIII, en los sacramentarios Gelasianos copiados en las Galias, y alcanzaron una enorme difusión en los siglos X y XI, para luego desaparecer casi por completo, quedando en uso solo algunos ejemplos.

Este tipo de oración se encuentra sobre todo en los momentos culminantes de la liturgia, cuando el celebrante se dispone a presentarse de manera especial ante la divinidad, concretamente en los

siguientes momentos: al comienzo de la misa, mediante un acto penitencial realizado, en algunos ritos, fuera del santuario y en otros, a los pies del altar. Estrechamente relacionado con este, se encuentra un rito de entrada en el santuario por parte del celebrante y quienes lo asisten, presente, de alguna manera, también en todos los ritos. En la lectura del Evangelio, en el ofertorio y en la comunión se encuentran también oraciones de esta naturaleza y, en varios casos, incluso en la despedida del altar al final de la misa.

Oraciones y gestos del Ofertorio en las diferentes tradiciones.

a. Occidente.

1. El Offertorio en el Missale Romanum y los otros Misales contemporáneos.

Cuando hablamos de “Missale Romanum”, no nos referimos únicamente al promulgado por San Pío V y conservado sin modificaciones, en lo que respecta al ofertorio, hasta 1970. Se repite muy a menudo (y a veces en obras que no son de mera divulgación) la afirmación de que San Pío V, en su edición, habría decidido “fijar una selección de oraciones” tomadas de un grupo que hasta ese momento se encontraban en un misal u otro, por lo que se dice que él «estandariza el rito, elimina variantes locales ambiguas, encaja el Ofertorio rígidamente en la secuencia: Ofertorio → Canon → Consagración». Pero una mirada a los diferentes misales «de la curia» y a los «de la regla» franciscana que han llegado hasta nosotros desde los primeros que pueden ser identificados como tales (siglo XIII) hasta el impreso por Junta en Venecia tres años antes del de San Pío V, en 1567, nos muestra que este conjunto de oraciones ha permanecido inalterado desde los primeros manuscritos, es decir, trescientos años antes de San Pío V, lo que hace un conjunto de setecientos años hasta nuestra época.

Esta confusión se debe sin duda al hecho de que se olvida con frecuencia que San Pío V no produjo un Misal como síntesis de los diferentes usados en ese momento en Occidente, sino que se limitó a hacer lo que hoy llamaríamos una «edición crítica» del Misal recibido de la tradición que hasta entonces se llamaba «Missale secundum usum romanae curiae» o con nombre similar y que, a partir de entonces, se llamará establemente «Missale Romanum».

Las variantes latinas de las oraciones y ritos del ofertorio (así como, por otra parte, las secuencias) que encontramos en los manuscritos o en las antiguas ediciones impresas pertenecían a misales diocesanos o de órdenes religiosos y no al uso de la curia Romana por lo que, si tenían más de doscientos años, no se vieron afectados por las disposiciones de San Pío V y, en caso contrario, fueron simplemente sustituidos por el misal por él promulgado. No se ha hecho, pues, ninguna labor de «estabilización» en una materia que ya era estable desde hacía tres siglos.

El esquema de la fórmula del ofertorio del pan del Misal Romano es el siguiente:

«Súscipe, Sancte Pater, hanc immaculátam hóstiam, quam ego (...) óffero tibi, pro innumerabilibus peccátis (...) meis (...) sed et pro ómnibus fidélibus vivis atque defúntis: ut (...) proficiat ad salutem in vitam aetérnam.»

Recibe, Padre santo, esta hostia inmaculada, que yo (...) te ofrezco por mis innumerables pecados (...) y también por todos los fieles vivos y difuntos, para que (...) aproveche para la salvación en la vida eterna.

Como hemos dicho, esta fórmula ya estaba fijada en el siglo XIII; en cuanto a las otras fórmulas latinas, en general nos limitaremos a mencionar los ritos que se mantuvieron en uso hasta el siglo XX; para una

perspectiva más amplia sobre los usos medievales anteriores y sobre otros misales diocesanos y de órdenes religiosas, véase Paul Tirot, *Histoire des prières d'offertoire dans la liturgie romaine du VIIe au XVIe siècle*.

En el rito Carmelitano se encuentra esta fórmula,

Acceptabilis sit maiestati tuae, omnipotens Deus, oblatio haec quam tibi offerimus pro reátibus et facinóribus nostris: et pro stabilitate sancte Ecclesie Catholice, necnon et pro animábus ómnium fidélium defunctorum. Per Christum Dóminum nóstrum. Amen.

Sea aceptable a tu majestad, Dios omnipotente, esta oblación que te ofrecemos por nuestras culpas y delitos, y por la estabilidad de la santa Iglesia Católica, así como también por las almas de todos los fieles difuntos. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Esta oración es utilizada también, con algunas diferencias, en el rito mozárabe (Misal de Cisneros), el sacerdote dice entonces esta otra oración, que también se encuentra (casi idéntica) en el Misal de Lyon:

Hanc oblationem quaesumus, Dómine, ut placátus admítte, et ómnium offeréntium, et eórum pro quibus tibi offértur, peccáta indúlge.

Esta oblación, te rogamos, Señor, acepta benignamente, y perdona los pecados de todos los que la ofrecen y de aquellos por quienes te es ofrecida.

Las fórmulas del ofertorio en el rito ambrosiano, tanto para el pan como para el vino, no son anticipatorias, sino que piden la transformación del pan y del vino ofrecidos en el Cuerpo y la Sangre de Cristo respectivamente; sin embargo, el pan es llamado “sanctus”, adjetivo que solo puede admitirse en la perspectiva de la transformación:

Suscipe clementissime Pater hunc panem sanctum, ut fiat Unigeniti tui Corpus, in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen.

Recibe, clementísimo Padre, este Pan santo, para que llegue a ser el Cuerpo de tu Hijo unigénito.

Con todo, añade después esta apología que puede ser vista como proléptica:

Omnipotens, sempiterna Deus, placábilis, et acceptábilis sit Tibi haec oblátio, quam ego indignus pro me mísero peccatóre, et pro delíctis meis innumerábilibus tuae pietáti óffero, ut véniam, et remissionem ómnium peccatórum meórum mihi concédas, et iniquitates meas ne despexeris, sed sola tua misericordia mihi prosit indigno.

Dios omnipotente y eterno, sea propiciable y aceptable para Ti esta oblación, que yo, indigno, ofrezco a tu piedad por mí, miserable pecador, y por mis innumerables delitos, para que me concedas el perdón y la remisión de todos mis pecados, y no desprecies mis iniquidades, sino que solo tu misericordia aproveche en favor de mí, indigno.

Y hacia el final del ofertorio, el sacerdote recita una bendición epiclética de carácter anticipatorio en su segunda parte:

Benedictio Dei omnipotentis Patris et Filii et Spiritus Sancti copiosa de caelis descendat super hanc nostram oblationem: et accepta Tibi sit haec oblatio Domine Sancte Pater omnipotens Aeterne Deus, misericordiosissime rerum conditor.

Que la bendición abundante de Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda del cielo sobre esta nuestra oblación; y que esta oblación sea aceptada por Ti, Señor Santo, Padre omnipotente, Dios eterno, misericordiosísimo creador de todas las cosas.

Por último, el rito dominicano, dirigiéndose no al Padre sino a la Santísima Trinidad, se expresa así: *Súscipe, Sancta Trinitas, hanc oblationem, quam tibi offero (...) et praesta, ut in conspectu tuo tibi placens ascéndat; et meam, et ómnium fidélium salutem operétur aetérnam.*

Recibe, Santísima Trinidad, esta oblación que te ofrezco (...), y concédenos que suba ante tu presencia como ofrenda agradable; y que procure mi salvación y la de todos los fieles para la vida eterna.

En el momento de la ofrenda del cáliz, la tradición del Misal Romano lo llama *Calix salutáris* y lo ofrece en sentido propiciatorio:

Offerimus tibi, Domine, calicem salutáris, tuam deprecántes cleméntiam: ut in conspéctu divínae maiestátis tuae, pro nostra et totíus mundi salúte, cum odóre suavitátis ascéndat.

Te ofrecemos, Señor, el cáliz de la salvación, implorando tu clemencia, para que suba ante tu divina majestad como aroma suave, para nuestra salvación y la de todo el mundo.

Esta fórmula es utilizada también por el rito de la Iglesia de Braga. Entre los demás ritos, solo el mozárabe incluye una fórmula de ofrenda del cáliz que, por lo demás, no es sino una variante de la del rito romano:

Offerimus tibi Domine calicem ad benedicendum sanguinem Christi Filii tui: deprecamurque clementiam tuam: ut ante conspectum divine Majestatis tue cum odore suavitatis ascendat. Per eundem Christum Dominum nostrum.

Te ofrecemos, Señor, el cáliz para bendecirlo como Sangre de Cristo, tu Hijo; e imploramos tu clemencia para que, ante la presencia de tu divina Majestad, ascienda con aroma de suavidad. Por el mismo Cristo nuestro Señor.

Por su parte, el ambrosiano repite la fórmula ya mencionada para la ofrenda del pan, con los cambios correspondientes.

Suscipe, clementissime Pater, hunc calicem, vinum aqua mixtum, ut fiat Unigeniti tui sanguis. In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen.

Recibe, clementísimo Padre, este cáliz, vino mezclado con agua, para que llegue a ser la Sangre de tu Hijo unigénito. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Los demás ritos no tienen una fórmula especial para acompañar la ofrenda del cáliz.

La última de las oraciones del ofertorio, «Suscipe Sancta Trinitas...», es la más tempranamente documentada (en efecto, aparece ya en los misales más antiguos; se encuentra además en los ritos lionés y ambrosiano, y existe también en el rito carmelitano, bastante modificada, como fórmula única del ofertorio. Aunque a primera vista parece no ser más que una simple repetición del «Suscipe Sancte Pater», en realidad constituye su complemento. El ofertorio dominicano (cf. supra), aunque comienza con las mismas palabras, por su estructura y contenido es más asimilable al *Suscipe Sancte Pater*.

El esquema más completo es el siguiente: el sacerdote pide al Dios Trino que reciba la oblación ofrecida en memoria de la muerte de Cristo, los ritos Romano y ambrosiano añaden la resurrección y ascensión, el rito lionés añade la mención de la Encarnación y de la Natividad, y una mención en honor del Espíritu Santo consolador. Luego se ofrece en honor de los santos: en primer lugar, la Virgen María, san Juan Bautista, los santos apóstoles Pedro y Pablo, “todos los santos que han sido agradables a Dios desde el comienzo del mundo”, aquellos cuya fiesta se celebra en ese día, aquellos cuyos nombres están inscritos en los «dípticos» y aquellos cuyas reliquias se encuentran sobre el altar en el que se celebra; y por nuestra salvación, para que todos aquellos a quienes honramos intercedan por nosotros.

El rito ambrosiano posee además dos oraciones que comienzan del mismo modo: una por el sacerdote y otra que enumera detalladamente las intenciones por las cuales se ofrece el sacrificio:

Et suscipe, sancta Trinitas, hanc oblationem quam tibi offerimus pro regimine, et custodia, atque unitate Catholicae fidei: et pro veneratione quoque beatæ Dei Genitricis Mariæ, omniumque simul Sanctorum tuorum: et pro salute, et incolumitate famulorum, famularumque tuarum, et omnium, pro quibus clementiam tuam implorare polliciti sumus, et quorum quarumque eleemosynas suscepimus, et omnium fidelium Christianorum, tam vivorum, quam defunctorum, ut te miserante, remissionem omnium peccatorum, et æternæ beatitudinis præmia, in tuis laudibus fideliter perseverando percipere mereantur, ad gloriam, et honorem nominis tui, Deus misericordissime rerum conditor.

Y recibe, Santísima Trinidad, esta oblación que te ofrecemos por el gobierno, la custodia y la unidad de la fe católica; y también en veneración de la bienaventurada María, Madre de Dios, y de todos tus santos; y por la salvación y protección de tus siervos y siervas, y de todos aquellos por quienes nos hemos comprometido a implorar tu clemencia, y de aquellos cuyas limosnas hemos recibido, y de todos los fieles cristianos, tanto vivos como difuntos, para que, por tu misericordia, merezcan obtener la remisión de todos sus pecados y los premios de la bienaventuranza eterna, perseverando fielmente en tus alabanzas, para gloria y honor de tu nombre, Dios misericordiosísimo creador de todas las cosas.

A continuación sigue la oración tomada de Daniel 3, 39-40:

In spiritu humilitatis et in ánimo contrito suscipiámur a te, Dómine: et sic fiat sacrificium nostrum in conspéctu tuo hódie, ut pláceat tibi, Dómine Deus.

Con espíritu humilde y corazón contrito seamos acogidos por Ti, Señor; y que así nuestro sacrificio se realice hoy ante tu presencia de tal modo que te sea agradable, Señor Dios.

se la halla, con pequeñas variaciones, en todos los ritos latinos. Aquí se habla claramente de sacrificio, pero esta oración no lleva necesariamente a concebir un sacrificio ya presente, sino que podría leerse como la petición de obtener una disposición adecuada para ofrecer debidamente el acto sacrificial que se realizará poco después en la consagración.

En el rito cartujano, al decir: *In spiritu humilitatis...* el sacerdote eleva el cáliz.

Esta era también la única oración privada del ofertorio en los ritos monásticos de Cluny y de Císter. Por último, en el rito romano, el sacerdote dice, dirigiéndose a los fieles:

Oráte, fratres, ut meum ac vestrum sacrificium acceptabile fiat apud Deum Patrem omnipotentem.

Orad, hermanos, para que este sacrificio mío y vuestro sea aceptable a Dios Padre todopoderoso.

La respuesta en el rito romano es:

Suscipiat Dóminus sacrificium de mánibus tuis ad laudem et glóriam nóminis sui, ad utilitátem quoque nostram, totíusque Ecclésiæ suæ sanctæ.

El Señor reciba de tus manos este sacrificio para alabanza y gloria de su nombre, para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia.

Mientras que en el rito lionés se responde:

Dóminus Deus omnipotens suscipiat sacrificium de ore tuo, et de mánibus tuis, ad utilitátem sanctae suae Ecclesiae, et ad salutem omnis pópuli christiáni, et ad remédium ómnium fidélium defunctorum.

El Señor Dios todopoderoso reciba el sacrificio de tu boca y de tus manos, para provecho de su santa Iglesia, para la salvación de todo el pueblo cristiano y para alivio de todos los fieles difuntos.

En el rito carmelitano se dice:

Memor sit Dóminus omnis sacrificii tui: et holocáustum tuum pingue fiat, tríbuat tibi secúndum cor tuum et omne consílium tuum confírmet.

El Señor se acuerde de todo tu sacrificio, y sea tu holocausto abundante; te conceda conforme a tu corazón y confirme todos tus designios.

En el rito dominicano, el *Orate fratres* permanece sin respuesta.

Y en el rito cartujano, el sacerdote no hace mención del sacrificio, sino que se limita a pedir:

Orate fratres pro me peccatore ad Dominum Deum nostrum.

Orad, hermanos, por mí, pecador, al Señor nuestro Dios.

Tampoco en este caso se da respuesta alguna.

Aunque en el *Orate, fratres* se hable del “sacrificio”, sin embargo, en este caso el sentido de anticipación no aparece como unívoco, ya que podría interpretarse como una petición de orar por el sacrificio que está a punto de comenzar (nos encontramos ya hacia el final del ofertorio). Lo mismo puede decirse de la respuesta correspondiente, en la que se afirman con claridad los fines del sacrificio, pero sin que ello implique necesariamente una anticipación del mismo.

2. Presencia de la prolépsis en los antiguos sacramentarios Romanos.

Los liturgistas del siglo XX coinciden en que, en el rito romano, la oración propia del ofertorio originalmente es la *Secreta*.

Entre estas oraciones se encuentran muchas que no presentan lo sacrificial como ya presente, sino que disponen o preparan el sacrificio que será ofrecido más tarde; otras, incluso, no lo mencionan en absoluto.

Pueden considerarse, en cambio, propiamente prolépticas aquellas oraciones que llaman *sacrificium*, *hostia*, *immolatio* o de modos equivalentes a los dones aún no consagrados, sobre todo cuando van acompañadas de demostrativos (*hic*, *haec*, *hoc*) y cuando hablan de una eficacia expiatoria ya atribuida a la oblación, es decir, con un lenguaje que supone una sacrificialidad presente, no solamente futura. Encontramos un buen número de ellas en el Misal, pero nos detendremos sobre todo en las más antiguas, atestiguadas en los Sacramentarios.

Con coincidencias indudables con expresiones encontradas en el *Suscipe, Sancte Pater*, tenemos estos ejemplos:

En esta oración del Gelasiano de Angoulême se dirige al Padre pidiéndole que reciba (*suscipe*) el sacrificio que tiene ante sí (*has oblationes*), los términos con que se dirige a sí mismo y a sus pecados es del tono de las “apologías” y coincide literalmente con el *Suscipe Sancte Pater* del Ofertorio Romano (faltan sólo los términos “*innumerabilibus*” y “*negligentiis*”): Destacamos en negrita las palabras que ambos tienen en común:

Suscipe clementissime pater has oblationes, quas ego indignus famulus tuus offero pro peccatis atque offensionibus meis, et praecor clementissime pater, ut peccata mea iubeas demittere et uitam sempiternam tribuere.

“Recibe, clementísimo Padre, estas oblações que yo, indigno siervo tuyo, ofrezco por mis pecados y ofensas; y te ruego, clementísimo Padre, que mandes perdonar mis pecados y concederme la vida eterna”.

Poco más abajo, el mismo sacramentario ofrece una fórmula semejante en la que se introduce explícitamente el ofrecimiento por los difuntos, ampliando así el alcance del sacrificio a la comunión de vivos y muertos.

Suscipe clementissime pater hanc oblationem, quam tibi offero, ego indignus famulus tuus, pro requie animarum famulorum famularumque tuarum illorum et illarum; precor te clementissime pater, ut resurrectionis diem cum refrigerio tuae benignitatis expectent.

“Recibe, clementísimo Padre, esta oblación que yo, indigno siervo tuyo, te ofrezco por el descanso de las almas de aquellos y aquellas siervos y siervas tuyos; te ruego, clementísimo Padre, que esperen el día de la resurrección con el alivio de tu benignidad”.

En el Sacramentario de Verona se emplea un lenguaje muy cercano al del *Suscipe, sancte Pater*:

Domine, sancte pater, omnipotens aeternae deus, oblationes familiae tuae propitiatus intende, ut haec pia deuotionis obsequia et rectores sanctificent et regendos.

“Señor, Padre santo, Dios omnipotente y eterno, mira propicio las oblações de tu familia, para que estos oficios de piadosa devoción santifiquen tanto a quienes gobiernan como a quienes han de ser gobernados”.

Las mismas palabras dirigidas al Padre reaparecen en una oración del Gelasiano de Angoulême:

*Ipse tibi quaesumus Domine **sancte pater omnipotens aeterne Deus**, sacrificium nostrum reddat acceptum, qui discipulis suis in sui commemorationem hoc fieri hodierna traditione monstravit.*

“Que Él mismo, te rogamos, Señor, Padre santo, Dios omnipotente y eterno, haga acepto para ti nuestro sacrificio, Él que hoy mostró a sus discípulos, mediante su entrega, que esto debía hacerse en memoria suya”.

En este contexto resulta particularmente significativo el fragmento conocido como Misal o Sacramentario de Kiev, texto paleoslavo en escritura glagolítica que podría depender de un arquetipo romano perdido del cual dependería también el Sacramentario de Padua, y que reflejaría una tradición puramente romana pre-hadriana muy antigua, situada en los siglos VI–VII. En una de las diez “Super Oblata” que encontramos en el fragmento conservado (oraciones que tienen el nombre latino transliterado y adaptado al eslavo “nad oplatm”) se designa explícitamente la ofrenda como *hostia* que además va acompañada del demostrativo, la retroversión al latín propuesta por Mohlberg dice:

*Suscipe, domine, quaesumus te, **hostiam hanc tibi oblatam pro redemptione hominum et sanitatem nobis da et animas nostras atque corpora emunda precesque nostras suscipe.***

“Recibe, Señor, te rogamos, esta hostia que te es ofrecida por la redención de los hombres; concédenos la salud, purifica nuestras almas y cuerpos, y acoge nuestras súplicas”.

Una oración muy cercana a ésta se encuentra en el Sacramentario de Padua donde aparece con claridad el efecto propiciatorio del sacrificio (*placatus*):

*Suscipe quaesumus domine **hostiam redemptionis humanae et salutem nobis mentis et corporis operare placatus.***

“Recibe, te rogamos, Señor, la hostia de la redención humana y, aplacado, obra en nosotros la salvación del alma y del cuerpo”.

En el Sacramentario de Verona la oblación es llamada expresamente *hostia spiritalis*, y se afirma de ella que es inmolada y ofrecida.

*Remotis obumbrationibus carnalium uictimarum **spiritalem** tibi, summe pater, **hostiam** supplici seruitute deferimus, quae miro ineffabilique mysterio **et immolatur** semper et **eadem semper offertur**, pariterque et deuotorum munus et remunerantis est praemium.*

“Apartadas las sombras de las víctimas carnales, te ofrecemos a ti, sumo Padre, con servicio suplicante, una hostia espiritual, la cual, por un misterio admirable e inefable, es siempre inmolada y siempre ofrecida siendo la misma; y es a la vez ofrenda de los devotos y premio del que recompensa”.

El Gelasiano y la tradición de Angoulême añaden otra fórmula en la que se subraya el efecto liberador y reconciliador de la hostia indicada como presente por el demostrativo:

***Haec hostia**, domine, quaesumus, et uincula nostrae iniquitatis **absoluat** et tuae nobis misericordiae dona conciliet,*

“Que esta hostia, Señor, te rogamos, desate las ataduras de nuestra iniquidad y nos obtenga los dones de tu misericordia”.

En varias oraciones del Gelasio y del Gregoriano se afirma además que la hostia es *salutaris*:

Concede nobis, Domine, quaesumus, ut haec hostia salutaris nostrorum fiat purgatio delictorum et tuae propitiatio potestatis.

“Concedenos, Señor, te rogamos, que esta hostia salvadora sea purificación de nuestros pecados y propiciación de tu poder”.

Otra oración del Gelasio, tiene la expresión que más tarde usará el *Suscipe, sancte Pater*, “proficiat ad salutem”.

Deus qui legalium differentias hostiarum unius sacrificii perfectione sanxisti, accipe sacrificium a deuotis tibi famulis, et pari benedictione sicut munera Abel sanctifica, ut quod singuli obtulerunt ad maiestatis tuae honorem, cunctis proficiat ad salutem.

Oh Dios, que estableciste las diferencias de las víctimas legales en la perfección de un solo sacrificio, recibe el sacrificio de tus siervos devotos, y santifícalo con la misma bendición con que santificaste las ofrendas de Abel, para que lo que cada uno ofreció en honor de tu majestad aproveche a todos para la salvación.

También se encuentra la expresión en la siguiente:

Propiciare, domine, supplicationibus nostris et has oblationes famulorum famularumque tuarum benignus assume, ut quod singuli obtulerunt ad honorem nominis tui, cunctis proficiat ad salutem.

Muéstrate propicio, Señor, a nuestras súplicas, y acoge benigne estas oblationes de tus siervos y siervas, para que lo que cada uno ofreció en honor de tu nombre aproveche a todos para la salvación.

La fórmula de ofrenda del cáliz del ofertorio romano encuentra también precedentes en los sacramentarios, en el Veronés, por ejemplo:

Offerimus, domine, munera tuorum tibi sollemnitatibus grata sanctorum, tuam clementiam depraecantes, ut quod ad illorum gloriam, nobis prosit ad ueniam.

“Te ofrecemos, Señor, dones agradables a ti en las solemnidades de tus santos, suplicando tu clemencia para que lo que se ofrece para su gloria nos aproveche a nosotros para el perdón”.

Esta otra, presente varias veces en los sacramentarios Gelasio y Gregoriano usa para referirse a la hostia el término “salutaris” que el ofertorio romano usa para el cáliz:

Concede nobis, Domine, quaesumus, ut haec hostia salutaris, et nostrorum fiat purgatio delictorum, et tuae propitiatio potestatis. Per Dominum.

Concedenos, Señor, te rogamos, que esta hostia salvadora sea purificación de nuestras culpas y propiciación de tu poder. Por nuestro Señor.

Esta oración similar del Gelasio también usa el término:

*Protegat nos quaesumus Domine hostia **salutaris**, et quae ad honorem tui nominis immolatur, nobis prosit ad ueniam,*

Que la hostia salvadora nos proteja, te rogamos, Señor, y que la que es inmolada en honor de tu nombre nos aproveche para el perdón.

La siguiente habla también del sacrificio como presente:

Sacrificiis praesentibus, quaesumus, Domine, placatus intende: ut et devotioni nostrae proficiant, et saluti.

Mira propicio, te rogamos, Señor, a estos sacrificios presentes, para que aprovechen tanto a nuestra devoción como a nuestra salvación.

*En cuanto al Suscipe, sancta Trinitas dell'ofertorio, ya vimos ejemplos del uso de "oblato". En las secretas Encontramos también paralelos en lo que hace al ofrecimiento en honor de los santos y su intercesión en nuestro favor en la siguiente *super Oblata* del fragmento de Kiev:*

*Munus **hoc** tibi, domine, oblatum per omnes sacras celestes virtutes et **omnes sanctos tuos et iustos tuos** sit tibi in laudem, nobis autem **precibus illorum salutare reddatur.***

“Que este don, Señor, ofrecido a ti por todas las santas virtudes celestiales y por todos tus santos y justos, sea para ti alabanza y, por sus oraciones, se nos convierta a nosotros en salvación”.

Y en el Sacramentario de Fulda

Munera tibi domine nostre devotionis offerimus; quae et **pro omnium sanctorum tuorum** tibi sint grata **honore** et **nobis salutaria** te miserante reddantur, per.

Te ofrecemos, Señor, los dones de nuestra devoción; que te agradables para el honor de todos tus santos, y teniendo misericordia de nosotros, se nos conviertan en salvación.

Una secreta del Gelasiano expresa la misma idea:

*Presta nobis, quaesumus, omnipotens deus, ut nostrae humilitatis oblatio et **pro tuorum grata sit honore sanctorum** et nos corpore pariter et mente **purificet,***

Concédenos, te rogamos, Dios omnipotente, que la oblación de nuestra humildad sea agradable en honor de tus santos y nos purifique a la vez en el cuerpo y en la mente.

Un esquema semejante está en esta del Gregoriano:

*Sacrificium tibi, domine, laudis offerimus in tuorum commemoratione sanctorum: da, quaesumus, ut quod **illis contulit ad gloriam, nobis proficiat ad salutem.***

Te ofrecemos, Señor, un sacrificio de alabanza en la conmemoración de tus santos; concede, te rogamos, que lo que a ellos les otorgó gloria nos aproveche a nosotros para la salvación.

En la fiesta de la Anunciación, la oblación se ofrece explícitamente en relación con la encarnación y la pasión:

*Accepta tibi sit quaesumus Domine haec oblatio plebis tuae quam offerimus hodie **ob** incarnationem simul et **passionem** redemptoris nostri Iesu Christi; te supplices deprecamur, ut placatus accipias. Per Dominum.*

Sea aceptada por ti, Señor, te rogamos, esta oblación de tu pueblo, que hoy ofrecemos tanto por la encarnación como por la pasión de nuestro Redentor Jesucristo; suplicantes te pedimos que, aplacado, la recibas. Por el Señor.

Finalmente, varias oraciones del Gelasiano y del Gregoriano destacan la eficacia del sacrificio:

***Suscipe, domine, sacrificium**, cuius te uoluisti dignanti **immolatione** placare; praesta, quaesumus, ut huius operatione mundati beneplacitum tibi nostrae mentis offeramus affectum,*

Recibe, Señor, el sacrificio con cuya digna inmolación quisiste ser aplacado; concede, te rogamos, que, purificados por la acción de este sacrificio, te ofrezcamos el afecto de nuestra mente conforme a tu beneplácito.

Del mismo modo:

Huius sacrificii potentia, Domine, quaesumus, et vetustatem nostram abstergat et novitatem nobis augeat et salutem.

“Que la fuerza de este sacrificio, Señor, te rogamos, borre nuestra condición antigua, acreciente en nosotros la novedad y nos otorgue la salvación”.

No se limita el fenómeno a las Secretas: en el Sacramentario de Verona encontramos, por ejemplo, este prefacio, que emplea un lenguaje fuertemente sacrificial.

*Uere dignum: tuae **laudis hostiam** iugiter **immolantes**, cuius figuram Abel iustus instituit, agnus quoque legalis ostendit, celebravit Abraham, Melchisede haec sacerdos exhibuit, sed uerus agnus et aeternus pontifex hodie natus Christus impleuit.*

En verdad es digno: inmolando sin cesar la hostia de tu alabanza, cuya figura instituyó el justo Abel, mostró también el cordero legal, celebró Abrahán, ofreció Melquisedec sacerdote; pero el verdadero Cordero y eterno Pontífice, Cristo nacido hoy, lo cumplió.

La presencia claramente reconocible de la anticipación de la ofrenda del sacrificio del que se habla como ya presente en las Secretas de los sacramentarios más antiguos nos obliga a replantear la atribución de la *prolepsis* a la invasión de una concepción litúrgica medieval postcarolingia.

Además, esta “anticipación” está presente también en el mismo Canon Romano en su primera parte, es decir, antes de la consagración:

«...rogamus, ac petimus, uti accepta habeas et benedicas haec ✠ dona, haec ✠ munera, haec ✠ sancta sacrificia illibata, in primis quae tibi offerimus pro Ecclesia tua sancta catholica...»

“...te rogamos y suplicamos que aceptes y bendigas estos ✠ dones, estos ✠ presentes, estos ✠ santos sacrificios inmaculados, que ante todo te ofrecemos por tu santa Iglesia católica...”

Y después:

Memento, Domine, famulorum famularumque tuarum N. et N., et omnium circumstantium (...) pro quibus tibi offerimus: vel qui tibi offerunt hoc sacrificium laudis, pro se suisque omnibus: pro redemptione animarum suarum...

Acuérdate, Señor, de tus siervos y siervas N. y N., y de todos los aquí presentes (...), por quienes te ofrecemos, o que ellos mismos te ofrecen, este sacrificio de alabanza, por sí y por todos los suyos, para la redención de sus almas...

Y después:

«Hanc igitur oblationem servitutis nostræ, sed et cunctæ familiæ tuæ, quæsumus, Domine, ut placatus accipias: diesque nostros in tua pace disponas, atque ab æterna damnatione nos eripi, et in electorum tuorum iubeas grege numerari.»

“Te rogamos, pues, Señor, que aceptes propicio esta oblación de nuestro servicio y de toda tu familia; dispongas nuestros días en tu paz, nos libres de la condenación eterna y nos mandes ser contados en el rebaño de tus elegidos.”

Estas oraciones, que califican como víctima / oblación / sacrificio las realidades del pan y del vino “aún no consagrados”, a las que se refieren explícitamente mediante los demostrativos *hic / haec / hoc*, anticipan la naturaleza sacrificial del mismo modo que lo hará la sección ritual celebrada inmediatamente antes, el ofertorio.

b. La Prolépsis en Oriente

En los ritos orientales encontramos igualmente frecuentes “anticipaciones” de la presencia real que, según el estilo propio de estas tradiciones litúrgicas, no se limitan a las palabras, sino que se traducen a menudo también en gestos y ritos que las acompañan.

En el rito bizantino, la preparación de los dones y el ofertorio se sitúan desde el inicio en un contexto claramente sacrificial: antes de comenzar la *proskomidia*, el sacerdote recita el tropario del Viernes Santo: un breve himno compuesto a partir de una combinación de textos bíblicos relativos a la redención (Gal 3,13; 1 Pe 1,19; Jn 19,34).

«Tú nos has redimido de la maldición de la Ley con tu Sangre preciosísima. Clavado en la Cruz y traspasado por la lanza, haces brotar una fuente de inmortalidad para los hombres. Oh Salvador nuestro, gloria a Ti».

Inmediatamente este sentido sacrificial se ve fuertemente reforzado y hecho presente cuando, durante la compleja preparación del pan (denominado de manera altamente evocadora “el cordero”), al cortar los fragmentos laterales se utilizan las palabras del profeta que anuncia el sacrificio del Siervo sufriente:

«Como oveja fue llevado al matadero; y como cordero sin mancha, mudo ante el que lo trasquila, no abrió su boca. En su humillación fue exaltado su juicio. ¿Quién podrá contar su generación? Porque su vida ha sido arrancada de la tierra» (Is 53, 7–8).

Este mismo texto es utilizado también en el ofertorio por armenios, sirios y maronitas; pero, a diferencia de estos, el sacerdote bizantino, mientras lo recita, corta el “cordero” con la “lanza”, un utensilio litúrgico propio del rito bizantino: un pequeño cuchillo con forma de lanza (en recuerdo de la Pasión), añadiendo después:

«Es inmolado el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo, para la vida y la salvación del mundo» (cf. Jn 1, 29).

A continuación, traspasa con la lanza el lado izquierdo del “cordero”, diciendo esta fórmula: «*Uno de los soldados le atravesó el costado con la lanza, y al instante salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero*» (Jn 19, 34), fórmula que en este contexto adquiere una especial fuerza pues es acompañada por el verter vino y agua en el cáliz.

Estos mismos términos son utilizados también, aunque sin la ceremonia que los dramatiza, por los ritos siríaco, caldeo, malabar y armenio, y en Occidente por los ritos lionés, cartujano, mozárabe, ambrosiano y el de la Iglesia de Braga.

Los sirios malabares católicos (al igual que los nestorianos) preparan el cáliz utilizando una expresión aún más fuerte, que subraya todavía más la prolepsis: «*La sangre preciosa es derramada en el Cáliz de Nuestro Señor Jesucristo...*», y posteriormente vierten también el agua diciendo: «*Uno de los soldados...etc.*». Cuando el pan es colocado sobre la patena, se dice: «*Que esta patena sea marcada con el cuerpo santo de Nuestro Señor Jesucristo...*».

En el rito romano, la preparación del cáliz no tiene un sentido anticipatorio, sino que, mediante la adaptación de una antigua oración de la fiesta de Navidad, se realza el simbolismo de la unión del agua y del vino para subrayar la elevación de la naturaleza humana realizada por Cristo, del cual se pide llegar a ser *consortes* de su divinidad.

El rito carmelitano, al igual que el dominicano, no posee una oración especial para la preparación del cáliz; en este último se dice únicamente: *In nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti*.

Los siríacos, como en Occidente en los ritos dominicano y lionés, recitan versículos del salmo 116 durante el ofertorio del cáliz: *Quid retribuam... calicem salutaris accipiam...* ¿Cómo pagaré al Señor... tomaré el cáliz de la salvación...?

En el rito copto, el sacerdote, sosteniendo la hostia en sus manos, recita la oración del ofertorio, durante la cual, tras una apología en la que se reconoce indigno de tan alto ministerio, implora: «*Concédenos, Señor, que nuestro sacrificio sea aceptado ante Ti por mis pecados y por las ignorancias de tu pueblo*».

Posteriormente realiza la procesión alrededor del altar con las ofrendas, dando gloria a Dios, pidiendo la paz y la edificación de la Iglesia y de los oferentes, mientras al mismo tiempo dice: «*Acuérdate, Señor, de aquellos que han traído estos dones ante Ti y de aquellos por quienes han sido traídos. Concédenos a todos la recompensa celestial*».

En la Gran Entrada, que en el rito bizantino reviste una solemnidad particular, los dones son tratados igualmente como si Cristo mismo estuviera presente: los griegos los llevan en procesión por el centro de la nave (en algunos lugares el pueblo se postra ante la procesión); el sacerdote “bendice” al pueblo con ellos y luego el coro canta, concluyendo el himno de los querubines: *«para acoger al Rey del cielo y de la tierra, invisiblemente acompañado por las legiones de los ángeles»*.

En el rito armenio, aunque la ceremonia no está tan desarrollada (pues la procesión tiene lugar dentro del santuario, pasando por detrás del altar) hay también un carácter proléptico: Al inicio de la ceremonia de la Entrada, se canta siempre el siguiente himno (utilizado igualmente en el rito caldeo y malabar, pero solo el domingo) que posee también un sentido fuertemente anticipatorio:

«El Cuerpo del Señor y la Sangre del Salvador están puestos delante de nosotros: las huestes celestiales cantan invisiblemente y dicen sin cesar: Santo, santo, santo, Señor de los ejércitos».

Al llegar el diácono ante el sacerdote dirá las palabras del salmo 23 (vv. 7–10): *«¡Alzad, puertas, vuestros dinteles; elevaos, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria!»*; y a la pregunta del sacerdote: *«¿Quién es este Rey de la gloria? El Señor de los ejércitos»*, él responde: *«¡Éste es el Rey de la gloria!»*. A continuación entrega el cáliz y la patena al celebrante, quien bendice al pueblo con ellos diciendo: *«Bendito el que viene en nombre del Señor»*.

En el rito etíope, el sacerdote realiza la procesión llevando las hostias en una cesta especial colocada sobre su cabeza, mientras el coro canta: *«Tú eres el arca de oro purísimo en la que se encuentra el maná, pan escondido que descendió del cielo y da la vida a todo el universo»*.

El rito siríaco, durante el llamado “servicio de Aarón”, es decir, el ofertorio celebrado al inicio de la Misa, incluye una oración comparable al *Suscipe Sancta Trinitas* de los ritos latinos mencionados anteriormente; en ella se encuentran el memorial de la obra de la redención, la conmemoración de todos los santos agradables a Dios «desde la creación», la conmemoración de los difuntos y, de modo particular, la de los oferentes.

«Hacemos memoria de Nuestro Señor, nuestro Dios y Salvador Jesucristo, y de toda la obra de la redención que Él ha realizado por nosotros: su Anunciación por medio de un ángel, su Natividad según la carne, su Bautismo en el Jordán, su Pasión redentora, su Elevación en la Cruz, su Muerte vivificante, su Sepultura venerable, su Resurrección gloriosa, su Ascensión al Cielo y su Sesión a la derecha de Dios Padre.

Conmemoramos sobre esta Eucaristía puesta delante de nosotros (nótese aquí la prolepsis muy marcada), ante todo, a nuestro padre Adán y a nuestra madre Eva, a la santa Madre de Dios María, a los Profetas, a los Apóstoles, a los Predicadores, a los Evangelistas, a los Mártires, a los Confesores, a los Justos, a los sacerdotes, a los santos Padres, a los verdaderos Pastores, a los doctores ortodoxos, a los solitarios y a los monjes, a aquellos que oran con nosotros y a todos los que, desde la creación, te han sido agradables, Señor, desde Adán y Eva hasta hoy.

Hacemos igualmente memoria de nuestros padres, de nuestros hermanos, de los maestros que nos han enseñado la doctrina de la verdad, de nuestros difuntos y de todos los fieles difuntos, en particular y nominalmente de aquellos que son de nuestra sangre, de aquellos que han participado o participan en el sostenimiento de este lugar y de cualquiera que esté en comunión con nosotros, ya sea con la palabra o con la acción, en lo pequeño o en lo grande; y de un modo muy especial de N..., por quien hoy se ofrece este sacrificio. [Aquí el celebrante recuerda los nombres de todos aquellos por quienes desea orar]».

De modo semejante se dice en el rito maronita:

«Santifica esta ofrenda y, por medio de ella, concede el perdón de las ofensas y la remisión de los pecados a todos aquellos por quienes es ofrecida: a mí, a mis parientes, a todos los fieles que han trabajado y cooperado conmigo, vivos o ya difuntos...».

Como puede observarse, también aquí aparecen elementos “anticipados” de la anáfora, de manera semejante a lo que sucede en el “canon menor”, es decir, el ofertorio romano.

En el rito bizantino, esta conmemoración se realiza colocando junto al “cordero” partículas con las que se efectúan dichas conmemoraciones: primero la de la Virgen, cuya partícula se coloca a la derecha del “cordero” (con las palabras del Salmo 44, 10 «La Reina está a tu derecha...»), luego las de los santos, dispuestas en nueve categorías a la izquierda del cordero; posteriormente, se colocan las partículas “bajo” el “cordero”, tienen ahí lugar los *mementos* de los vivos, comenzando por las autoridades eclesiásticas y civiles, luego los de los difuntos y finalmente el del propio sacerdote.

Conclusiones

De los ejemplos aportados se desprende que el ofertorio proléptico no constituye una anomalía propia del Occidente medieval; este fenómeno está presente ya en algunos de los elementos eucológicos más antiguos del rito romano y se halla ampliamente desarrollado en los ritos de Oriente, aún entre los que ya habían roto la comunión con el resto de la Iglesia en el siglo V.

No juzgamos aquí las implicaciones teológicas o sacramentales de este hecho ni su alcance, sino que nos limitamos a enumerar lo que constatamos en los distintos ritos examinados. Sin embargo, no puede dejar de señalarse que la notable extensión de este fenómeno no parece ser una anticipación indebida del sacrificio debida a una falta de atención, o una deformación debida a la importación de elementos pertenecientes a un área, cultura o época determinadas sino más bien una lógica litúrgico-teológica coherente, compartida por Oriente y Occidente a través de los siglos, según la cual el sacrificio eucarístico se comprende como un acto unitario articulado en fases preparatorias, oblativas y consumativas. En esta perspectiva, el lenguaje sacrificial empleado antes de la anáfora no designa un momento cronológico cerrado dentro de la celebración, sino evocar el sacrificio en cuanto totalidad intencional de la acción litúrgica.